

puso en alarma á las tropas polonesas, hizo lo mismo con las rusas, y Zalivski, que tenía que desarmar el regimiento de Volhynia, se encontró con que éste estaba en disposición de entrar en combate. Pero como el pueblo levantado por Bronikovski acudió en grandes masas al Arsenal, esta posición fué forzada y en un momento pasaron quince mil fusiles á las manos del pueblo. Zalivski se hizo fuerte en el mismo, siendo reforzado á poco por dos compañías de granaderos y un batallón del 4.º de línea que se habían sublevado.

Atacados los regimientos de Volhynia y Lithuania, sus generales cayeron en poder de los polone-

ses, viéndose obligados á ceder los rusos, porque las fuerzas polonesas atacaron igualmente el regimiento de Volhynia que se vió obligado á escapar perdiendo en la retirada la vida el general Blumer.

Wysocki llegó entonces al arsenal con sus cadetes que en vano quisieron que Potocki tomase el mando de las fuerzas reunidas, llevando también preso al general Trembicki que dirigía la escuela de cadetes, y á quien éstos detestaban, habiendo matado de una descarga al ministro de la Guerra y al jefe de Estado mayor que habían querido hacerlos volver á la escuela. Fueron también víctimas suyos el dicho general Trembicki, el coronel Sass y el ge-



MISS LANDON

neral polaco Novicki, á quien confundieron con Levicki, gobernador de la ciudad.

Concentrábase, pues, la insurrección en el Arsenal en donde fueron llegando los zapadores, la artillería de á caballo y otras fuerzas, mientras del otro lado el Gran duque procuraba concentrar las tropas rusas, y Potocki, con quien tanto se contaba, caía muerto de un tiro al intentar llevar al lado de las fuerzas rusas los regimientos polacos en pleno estado de insurrección. Sin embargo, reuniéronse al Gran duque los generales Rozniecki, Kramiski y Zymirski que llegó con el regimiento de la guardia de Lithuania y los granaderos poloneses.

Mal enterado el Gran duque de lo que pasaba, viendo que los cuarteles rusos y las tropas rusas no habían sido molestadas, que todo pasaba en los cuarteles polacos y que las víctimas eran polacas, creyó que no se trataba de una insurrección militar sino de un movimiento popular, de una guerra civil entre poloneses. Así para enterarse de lo que ocurría en el Arsenal, mandó al general Kournatovski

(mañana del 30 Noviembre), para que fuera con los coraceros á hacer un reconocimiento, pero la artillería de los sublevados no le permitió acercarse.

El Gran duque pudo reunir á su lado igualmente á los cazadores de á caballo de la guardia polonesa que lejos de haber secundado el movimiento pusieron preso al general Sieravski cuando éste se les presentó para levantarlos, y cuando vió que ya no podía esperar más adhesiones evacuó la ciudad y se fué á poner su cuerpo de tropas en Wierbzna á una milla de la ciudad, tomando la caballería posiciones en Mokotov.

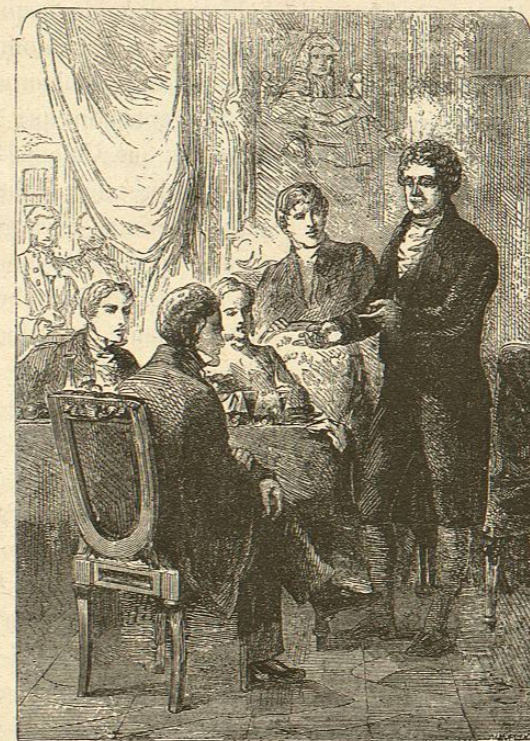
¿Qué iba á hacer el Gran duque? Los generales rusos viéndose en fuerzas, y que el ejército polaco no se había adherido en masa al movimiento como lo probaban los regimientos que con ellos estaban, pedían al Gran duque que diera orden para atacar la ciudad. El Gran duque, instado por el Consejo de Administración, creía como éste que todo podría apaciguarse con la moderación, y Loubecki quedó en consecuencia encargado de las negociaciones.

Loubecki vió á Zalivski, le dijo que Chlopicki se pondría al frente del movimiento, con lo cual, se proponía Loubecki dominar el movimiento, y Zalivski servirse de su nombre y de su reputación para dar carácter á la sublevación.

Había consentido el Gran duque, tanto más gustoso, á contemporizar, cuanto que creía con ello ganar tiempo para que las guarniciones de las provincias se le fueran reuniendo en Mokotov; pero la insurrección habíase extendido rápidamente á espal-

das del Gran duque y los regimientos polacos uno tras otro fueron sublevándose. Fué entonces cuando el Gran Duque dijo que quería saber de ciencia cierta de qué se trataba, y que por consiguiente pasara á su campo una comisión de polacos á decirle qué es lo que querían. Pasó la comisión en la cual figuraban polacos fieles al emperador y polacos revolucionarios, y celebró su conferencia con el Gran duque, (día 2 de Diciembre).

Pidió la comisión al Gran duque que en adelante



O'Connell y la liga católica

fuera verdad el respeto debido á la constitución polonesa; verdad la promesa de antiguo hecha de la unión de las provincias ruso-polacas con Polonia, protestando de la orden que se decía dada de que entraran en Polonia las fuerzas rusas de Lithuania. Protestó á su vez el Gran duque, diciendo que no había dado tal orden, contestó sin comprometerse á lo esencial, y pidió un cambio de prisioneros, prometiendo no atacar la ciudad sin avisarlo con dos días de anticipación, ofreciendo á los revoltosos interceder en su favor, de modo que Constantino se creía triunfador, cuando los otros le consideraban vencido.

La actitud del Gran duque se debía á no estar aun enterado de lo que pasaba á su alrededor, esto es, de la deserción de las tropas de provincia. Fué el general Syembek el primero que llevó sus tropas á

Varsovia,—2 de Diciembre,—siguiendo á éste otros jefes y oficiales en los días siguientes, incluso los generales Kournatovski y Kramiski con la caballería, á pesar de ser entrambos detestados por el pueblo, á causa el primero de su actitud durante el proceso de Loukasiski, y el segundo, por la que guardó al convertirse el Senado en tribunal de justicia; así unos y otros tuvieron más que de prisa que sustraerse al furor popular que pedía su cabeza.

Cuando el Gran duque Constantino se enteró de su situación, naturalmente, ya no pensó más que en evacuar el país, lo que hizo sin obstáculos ni condiciones, tanto que hasta se consintió que Loukasiski cargado de cadenas continuara preso y marchara con él amarrado á un cañón.

Salió Constantino de Mokotov el 4 de Diciembre, pasó el Vístula el 6, y el 13 llegaba á Boug.

Esta retirada de los rusos indicaba claramente que la revolución polaca carecía hasta entonces de jefe, pues siendo lo más fácil hacer prisioneros á todos los rusos, incluso sus jefes, con lo cual disminuían los enemigos que luego tendrían que combatir y se harían rehenes para lo futuro, se les permitía que atravesaran la Polonia cometiendo la soldadesca toda clase de excesos.

Una revolución sin un plan bien concertado y sin una dirección fija, es una revolución muerta, porque es en los primeros días, cuando se consigue el triunfo, por más que se tarde meses ó años en arrancar el reconocimiento ó la paz, ¿qué concepto, pues, hemos de formar desde ahora de la Revolución de Polonia, cuando vemos á sus verdaderos autores incapacitados para dirigir y encauzar la Revolución, y no vemos surgir de pronto quienes puedan reemplazarlos?

Constantino no se descuidó en su retirada. Todos los oficiales poloneses que pudo creer sospechosos, todos los elementos del país que le acompañaban, y pudo crear elementos para la revolución, fueron separados de su lado y enviados al cuarto cuerpo de ejército, á Moscovia, de modo que los revolucionarios de Varsovia, no sólo dejaban que se escapara su enemigo, sino que éste desorganizara la revolución quitándole fuerzas.

Los resultados vistos eran, sin embargo, extraordinarios, y la semana polaca estaba aun á más altura que la semana parisién, pues no sólo se había purgado de rusos la Polonia entera, sino que todas sus fortalezas, inclusa la de Modline que les entregaba un arsenal inmenso, cayeron en sus manos.

Polonia, como se dijo entonces, «jamás en todo su pasado se había presentado tan poderosa como en aquel momento. Se poseían dos fortalezas temibles por su posición y por sus fortificaciones—Modline y Zamosc,—estaba provista de municiones para tres campañas; podía armar doscientos mil hombres; setenta mil estaban ya sobre las armas; y entre estos un gran número habían tomado parte en las guerras de Napoleón, y sus jefes habían pasado por la escuela de la nación francesa, con cuya protección se creía poder contar como un derecho que debía invocarse sin vacilación alguna.»

No son los autores de la revolución sino Loubecki y Chlopicki quienes puestos ya de acuerdo desde el 30 de Agosto, aparecen en primera fila ahora para llevar la revolución á fines muy distintos de los que se había propuesto conseguir. Habíanse irrogado desde el primer momento el papel de árbitros,

y en efecto, no se equivocaron, pues ahora estaba la revolución en sus manos.

Loubecki, el mismo día, ó mejor, noche de la insurrección, salvó el Consejo de Administración del reino, agregando al mismo, sin que nadie se lo pidiera ni exigiera, un número de patriotas más ó menos ardientes, como Czartoryski, Radziwill y Kochanowski el senador, con lo que esperaba conseguir la salvación de aquel organismo de gobierno, destinado á conservar los lazos que unían entre sí Rusia y Polonia. Estos elementos paralelos no hubieran logrado inspirar confianza, pues aunque simpáticos por sus nombres, no tenían nada de revolucionarios; así hubieron de exigir como condición de su aceptación que Loubecki continuara en su puesto, y que Chlopicki, como se le prometía, tomase la dirección militar. Pero Chlopicki no parecía, é ínterin se encargó de aquella el general Pac, á quien se dió por compañero á Sieravski que había conseguido recobrar su libertad. Pac cedió materialmente á la fuerza, y cuando se presentó Chlopicki se apresuró á cederle su puesto que aquél no aceptó sino á condición de ejercer la autoridad en nombre del rey de Polonia, del monarca ruso.

Fueron los miembros del Consejo de Administración los que se abocaron con el Gran duque, como hemos contado, y ellos los que representando el gobierno hubieron de dirigirse primero al pueblo polaco dándole noticia de sus propósitos, de lo hecho y de lo que debía hacerse, y esto hizo con tan poca energía, con tanta flojedad y un lenguaje tan poco revolucionario, que los revolucionarios se consideraron poco menos que vendidos. La esterilidad de la revolución era completa. Se había hecho para sacudir la dominación rusa, y el gobierno de la revolución se esforzaba en perpetuarla. Creían los militares que se les iba á llevar á Lituania para rescatar esta grande y antigua provincia, y veían como los jefes superiores se inclinaban á esas complicidades indignas para todos los que querían una Polonia una, libre é independiente. La división, pues, era inevitable. De un lado, los que no querían romper con Rusia, sino aflojar los lazos de la sumisión; del otro, los que veían en los moscovitas á los enemigos de la libertad é independencia de la patria; de un lado, como se decía entonces, la aristocracia; del otro lado, la democracia.

Lelevel, que vió desde luego el peligro de que abortara la revolución, organizó el Club patriótico desde los primeros momentos,—1.º de Diciembre,—celebrando sus sesiones en las Casas Consistoria-

les, mientras Zalivski y Ourbanski procuraban en vano intimidar al Consejo de Administración.

Chlopicki, que era un sesentón de carácter violento y áspero mejor que no enérgico, puso presos á los dos amigos, pero Loubecki los mandó poner en libertad en seguida, no sin procurar convencerles de que el Consejo de Administración hacía cuanto le permitían las circunstancias; sin embargo, Loubecki les dijo que se iba á ampliar y modificar el Consejo de Administración, y en efecto, se llevaron al mismo patriotas tan firmes como Malachowski, Dembovski, Ostrovski y hasta el mismo Lelevel, con lo cual no se proponía Loubecki encaminar la revolución por más firmes caminos, sino desorganizar el Club patriótico que había á tiempo reclamado el desarme de las tropas rusas y la organización de la insurrección contra los rusos.

Loubecki, luego que vió del otro lado de la frontera al Gran duque, se apresuró á organizar un gobierno provisional, del cual él se excluyó á fin de conservar su posición y funciones de ministro junto con sus compañeros.

Quedaba, pues, ahora, solo y en evidencia Chlopicki, que se presentaba siempre en público llevando sobre su pecho unas junto á otras las condecoraciones rusas y polacas, lo cual era más que suficiente para que el Club patriótico se declarara contra él y contra todos sus compañeros, y como esas acusaciones las sostenía Mochnacki lo mismo en el seno del gobierno que en el del Consejo, Chlopicki anunció su dimisión que consintió en retirar á instancias de Czastoryski y Niemcevicz y en vista de la organización del Club que presidía el joven marqués Wielopolski, destinado á emprender la lucha contra el Club patriótico, sosteniendo las tendencias y aspiraciones de la aristocracia.

Chlopicki quedó desde este momento investido de una verdadera dictadura, no porque aceptase la que le brindaba el gobierno provisional, á quien negó toda su autoridad, sino porque, creyéndose apoyado por todo el ejército, estimaba que la fuerza de las bayonetas era superior á la de los votos. Chlopicki, pues, se constituyó en dictador hasta tanto que se reuniese la Dieta, y como luego pasase revista á las tropas siendo por ellas aclamado con entusiasmo, ya no hubo quien no estimase como definitiva y firme la situación de Chlopicki, en quien unos creían ver un Monk y otros un Bonaparte.

Dejó el dictador en pie el gobierno, salvo expulsar de él á Lelevel,—6 de Diciembre,—é hizo cerrar los clubs en lo que no encontró resistencia. Dejó á un lado los elementos forasteros, á los lituanos,

galitzianos y prusianos (polacos de Posen) que aflúan de todos lados para trabajar por la grande obra de la resurrección de Polonia, y ordenó á las autoridades todas, á las eclesiásticas, como á las civiles, que el nombre del emperador continuara como antes siendo recomendado á Dios, ó presidiendo el mandato de las autoridades.

Sin embargo, como en su proclama decía: «que puesto que las grandes potencias habían dejado hacer á Bélgica y á Francia sin entrometerse en su organización interior, por cuyo motivo esperaba que no se haría un crimen á Polonia de su deseo de ver realizadas las libertades y garantías que le habían prometido;» como este era el programa de la Revolución, aunque no en su forma más radical, el crédito del dictador se sostuvo, quien enviaba una comisión al emperador asegurándole la inalterable fidelidad del país, y de la suya propia se la daba en carta particular.

¿Qué iba ahora á salir de la Dieta, de una Dieta elegida en los tiempos pasados por los más ricos hacendados del país? Chlopicki y Loubecki, habían salido con la comisión que fué á San Petersburg, esperaban que la Dieta se dejaría dirigir sin protesta por los señores; pero en la Dieta tenía la revolución sus hombres, y Lelevel y Z'wierkovski se presentaron desde luego dispuestos á reivindicar las conquistas de la revolución en su seno desde el primer momento. Entre este grupo y el de los aristócratas ó conservadores se organizó el de los constitucionales formado por los dos Niemoiesvski, Moravski, Ostrovski y otros, partido que había de perder toda su influencia en circunstancias tan críticas como eran las que á la sazón pasaba Polonia, cuando todo se había de improvisar, dirigir y ejecutar.

Llegado el día de la reunión de la Dieta, en el de visperas,—17 de Diciembre,—Czastoryski y de demás miembros de la aristocracia, se fueron á ver á Chlopicki con el propósito de sondear sus intenciones. Hablaronle de la posibilidad de una guerra con Rusia, de la necesidad de aumentar las fuerzas de Polonia con la reunión de la Lituania á lo cual contestó que no se podía pensar en otra Polonia que en aquella que había organizado el Congreso de Viena. Si á esto no hubiese añadido que él había jurado fidelidad al tsar, que por consiguiente, no no quería conquistar sus provincias, Chlopicki hubiese demostrado gran previsión política; pero con lo segundo declaraba muy alto que no entendía llevar á sus últimas consecuencias la revolución de 29 de Noviembre.

Czastoryski que había unido á sus amigos á Lelevel,